ANHEDONIA

NICO CASTAÑEDA

Anhedonia

Nico Castañeda

Título original: Anhedonia

Año: 2023

Autor: Nico Castañeda

Primera edición, Enero 2023
Impreso en talleres Quimera
Cuenca de Santiago

Uno tiene que revivir una y otra vez sus malos pensamientos y sus malas acciones, porque nunca pasan ni se expían. Porque hay que cargar con ellos hasta el fin. Yo relato mis pecados para sentirlos de nuevo y soportarlos hasta el fin. Yo explico cómo se sujeta la ternera, dónde se clava el cuchillo, cómo brota la sangre, cómo se desuellan las patas. Me armo del cuchillo…

Los Mutilados. Hermann Ungar

FEDRA – ¿Entonces, porqué lo haces?
HIPÓLITO – La vida es muy larga.
FEDRA – Creo que lo disfrutarías. Conmigo.
HIPÓLITO – Hay quien sí, supongo. Disfruta eso. Ten una vida.
FEDRA – Tú tienes una vida.
HIPÓLITO – No. Mato el tiempo. Espero.
FEDRA – ¿Qué esperas?
HIPÓLITO – No sé. Que pase algo.
FEDRA – Esto está pasando.
El Amor de Fedra. Sarah Kane

Todas las noches sueño con mis dientes astillados, pedazos de ellos desprendiéndose, de a poco. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. La boca brillante amorfa y destrozada. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. La lengua que se descompone, la lengua atizada una y otra vez. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que regurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. A lo lejos aquella cabeza derrotada, colgando de sus finos cabellos: blancos, grisáceos, opacos. La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Al poco andar los sueños

se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. Aquel cuerpo demacrado convulso revuelve las sábanas. Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. La eternidad da vuelta en mis sienes. La mosca. Los vellos de la mosca resuenan por toda la habitación. El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. El traspié de todas las mañanas requiere un esfuerzo inimaginable cada vez. El milagro del absurdo que la boca malsana se lamenta cotidianamente. Los dientes pastosos se acomodan mecánicamente entre la saliva aceitosa. El espejo deforma y acentúa aún más los monstruosos y afilados rasgos de aquella cabeza desangrante. En un cúmulo de olores y pensamientos obtusos yergue el cuello tronando los cadavéricos huesos que sujetan sus carnes. Mi carne. Mi sangre. El calor y la luz vuelven, todo se hace blanco y caliente a la vez, el suelo.

¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? El mismo comentario respecto de la otra pausa, entre el final del ascenso y el principio de la caída. Los extremos, mientras duran, son perfectamente estables, lo cual en el caso de la temperatura podría parecer extraño, al principio *¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?* Los pensamientos, el cuerpo, los huesos rebotan en cada muro, en cada

pared. Déjalos ahí, sudando frío, hay cosas mejores en otra parte. No, la vida termina y no, no hay nada en otra parte, y no cabe duda ahora de que no se volverá a encontrar aquella mancha blanca perdida en la blancura, para ver si aún están acostados, muy quietos en la tensión *¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿De qué sirven las preguntas si no existen las respuestas a estas? Reboto en las paredes, en mis paredes, en la habitación.* Espera; más o menos largos, el muro, la cripta, los cuerpos, digamos en unos veinte segundos, todos los grises, hasta alcanzar el nivel inicial en que comenzó la caída. Vacío, silencio, calor, blancura, espera, la luz se vuelve tenue, todo se oscurece al mismo tiempo, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, digamos en unos veinte minutos, todos los grises, se va la luz, todo se esfuma. Al mismo tiempo la temperatura baja hasta alcanzar su mínimo, digamos su punto de congelación, en el mismo instante en que se instala el negro, lo que parecerá extraño *¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Los relojes se detienen. Quizás para siempre. El tiempo pierde su interés, se marchita en sus aristas, en sus laberintos.*

Los muros son blancos. Blancos son la cripta. Grisácea es la sangre. La mosca. Los vellos de la mosca resuenan por toda la habitación. El sonido inso-

portable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. El traspié de todas las mañanas requiere un esfuerzo inimaginable cada vez. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer, en otros tiempos, en otros lugares, una eternidad. Las moscas se posan sobre la carne. Sobre mis carnes. Me inspeccionan, se inspeccionan. Sus pliegues, mis pliegues. Todo brilla con el mismo brillo blanco, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, sin sombra. Qué calor, las superficies están hirviendo pero no queman al tocarlas, los cuerpos sudan *¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Una voz, la Voz. Es ella. Me dice que espere. Hay que esperar junto a los demás. Todos esperamos. La espera.* Bajo esta luz tan agitada, cuya calma blanca resulta ahora tan rara y breve, la inspección no es nada fácil. Haciendo a un lado el sudor y el espejo, bien pasarían por seres inanimados salvo por sus ojos izquierdos que a intervalos incalculables repentinamente se abren y miran enfocando, sin el menor parpadeo, mucho más allá de lo humanamente posible. Es la vibración. La vibración de los cuerpos. De aquellos apilados uno encima del otro. Es la resequedad de los ojos. Los ojos que quedan mirando y observando el vacío atemporal. *Debes esperar. ¿Dónde estoy?* Sólo murmuran, ah,

nada más, en este silencio, y en el mismo instante, para el ojo de rapiña, el estremecimiento infinitesimal instantáneamente se suprime. de la tormenta o del huracán, o en la negra oscuridad para siempre; tal vez la gran blancura es invariable y, si no es así, quién sabe qué están haciendo. Los muros son mis confidentes. Es aquella cabeza que no puede respirar y cae. Una y otra vez. Una y otra vez. Es el calor. El calor que cae con los poros, empapa las uñas. Aquellas uñas con tierra y barro. Aquellas uñas con sangre y motas de pelo. En aquel ojo izquierdo verdoso se posan las moscas. Los murmullos. *Demora. Dilación. Retraso. Aplazamiento. Prórroga.*

Dichas variaciones de ascenso y caída, combinándose en incontables ritmos, por lo común asisten al paso de blanco y caliente a negro y frío, y viceversa. Sólo los extremos son estables y esto se nota en la vibración que se observa cuando ocurre una pausa en alguna etapa intermedia, sin importar su nivel y duración. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. La lengua que se descompone, la lengua atizada una y otra vez. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que re-

gurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. A lo lejos aquella cabeza derrotada, colgando de sus finos cabellos: blancos, grisáceos, opacos. La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Al poco andar los sueños se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. Aquel cuerpo demacrado convulso revuelve las sábanas. La cabeza y sus pequeñas manos cargan el peso muerto. *El segundero no avanza. No marca*. Cierra los ojos, solamente. La luz y el calor permanecen ligados como si hubieran emergido de la misma fuente, de la cual no hay todavía ni el menor indicio. Quieto. La cabeza. Los rostros, si se toman en cuenta los dos lados de una pieza cualquiera, tampoco parecen requerir nada esencial. *Existe una fila casi interminable, cada cuerpo marchitado, en su posición cada vez más rígida*. Pero en conjunto, la experiencia muestra que dicho paso incierto es algo fuera de lo común. Las miradas no coinciden más que en una ocasión, cuando el comienzo de una queda sobrepuesto al final de la otra por espacio de unos diez segundos. Ni gruesos ni delgados, ni grandes ni pequeños, los cuerpos parecen enteros y

en buenas condiciones, si juzgamos por las superficies expuestas a simple vista.

Cada gargajo resbala lentamente sobre aquel muro. Salte de nuevo, qué rotonda tan lisa, todo blanco en la blancura, entra una vez más, toca, un sonido sólido a todo lo largo, un anillo como en la imaginación el anillo de hueso. La luz hace de todo lo blanco una fuente invisible. Los cuerpos, ligeros o pesados o las dos cosas, da lo mismo, pierden su humanidad. *Prórroga.* No existe ni principio ni fin. La misma afirmación vale para el movimiento al revés, hacia el calor y la blancura. Lo que sigue en cuanto a frecuencia es la caída o ascenso con sus pausas de extensión variable en estos grises febriles sin que el movimiento se revierta nunca. Todas las noches sueño con mis dientes astillados, pedazos de ellos desprendiéndose, de a poco. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. La boca brillante amorfa y destrozada. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. A veces también no sueño. Entonces todo vibra, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos. *El segundero no avanza. No marca. Existe una fila casi interminable, cada cuerpo marchitado, en su posición cada vez más rígida. Una voz, la Voz. Es ella. Me dice que espere. Hay que esperar junto a los demás. De-*

mora. Dilación. Retraso. Aplazamiento. Prórroga. Debes esperar. ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? En la otra esquina una cabeza gigantesca y deforme exhala con dificultad, sus sienes se expanden y contraen. Y con mayor frecuencia, cuando la luz comienza a fallar y con ella el calor, el movimiento continúa ileso hasta que, en un periodo de unos veinte segundos, el negro agudo se instala y, en el mismo instante, digamos que también se instala el punto de congelación. Es posible también, la experiencia lo demuestra, que el ascenso y la caída se detengan en cualquier punto y marquen una pausa, más o menos larga, antes de reanudarse o de revertirse, el ascenso ahora caída, la caída ascenso, que a su debido tiempo se completarán o se detendrán y marcarán una pausa, más o menos larga, antes de reanudarse o de revertirse de nuevo, y así sucesivamente hasta que al fin se alcance uno de los extremos.

Los cuerpos apilados uno encima de otro comienzan a moverse tímidamente cuando cada tanto una mosca se posa sobre la masa. Al descubrirse esto después de, digamos, una ausencia en vacíos perfectos, ya nada es exactamente lo mismo, desde este punto de vista, pero no hay otro. En la cabecera de la cama. De una cama. La mancha reseca de san-

gre. Sangre totalmente marrón. Pero no obstante las inherentes incertidumbres, el regreso tarde o temprano a una calma temporal, parece ser seguro, por el momento al menos, en la oscuridad negra o en la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. La nariz congestionada capta sutilmente el agrio ambiente que acumulan los cuerpos sobre sí mismos. Entra y verás que hay momentos de calma más breves y nunca la misma tormenta. En el suelo, doblado en tres, con la cabeza contra el muro, la espalda contra el muro, las rodillas contra el muro. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. A lo lejos aquella cabeza derrotada, colgando de sus finos cabellos: blancos, grisáceos, opacos. Entre su absoluta quietud y la luz convulsiva el contraste es sorprendente, al principio, para aquel que aún recuerda haber sido sorprendido por lo contrario. Resulta claro, sin embargo, debido a miles de pequeños signos demasiado largos para imaginarlos, que no están dormidos *¿Existen alternativas? El segundero no avanza.* En el exterior, todo está como siempre y el descubrimiento de la delgada cortina es como producto del azar, su blancura sumergida en la blancura circundante. Sumergido en el piso blanco salvo por el cabello largo de una blancura extra-

ñamente imperfecta, finalmente. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que regurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Azul pálido penetrante; el efecto es sorprendente, al principio. *Llevar la máscara. Sin propósito, sin norte. Avanzando en un trastabillar constante. Permanente. Es demasiado tiempo el que desborda y apresura. Cae bajo su propio peso. Dialogar con uno mismo es un ejercicio oscuro y pesado. ¿Qué hacer cuando la pasión se perdió hace mucho tiempo? ¿Cómo seguir adelante, si no es por inercia? Demasiado humano. Demasiado.* Salte de nuevo, hazte para atrás, la delgada cortina se esfuma, se levanta, se esfuma, todo blanco en la blancura, cae, entra una vez más. Similarmente inscrito en el otro semicírculo, con la cabeza contra el muro, la espalda, las rodillas, los pies, los cuerpos apilados. Ambos, por lo tanto, están sobre su costado derecho, espalda con espalda, con la cabeza y los cuerpos apegados. Y el muro. También aquel muro. Coloca un espejo frente a sus labios, se esfuma. Con la mano izquierda toman su pierna izquierda un poquito más abajo de la rodilla, y con la mano derecha su brazo izquierdo un poquito más arriba del codo.

Cada camino trazado comienza a desvanecerse, se derriten sin remedio. Es el paso del verano al otoño. Entre la absoluta quietud el golpeteo de las polillas en las ampolletas acompasa rítmicamente el movimiento de los cuerpos que yacían inertes hace unos instantes. Entra y verás que hay momentos de calma más breves y nunca la misma tormenta. En el suelo, doblado en tres, con la cabeza contra el muro, la espalda contra el muro, las rodillas contra el muro. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. *Uno. Dos*. Tres. Cuatro. *Siguiente. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Siguiente. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Siguiente. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Siguiente. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Siguiente. Tú. Tú tienes que esperar. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Siguiente.* Cada poro abierto. Cada herida sangrante. El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. El traspié de todas las mañanas requiere un esfuerzo inimaginable cada vez. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer, en otros tiempos, en otros lugares, una eternidad. Las moscas se posan sobre la carne. Sobre mis carnes. Me inspeccionan, se inspeccionan. Sus pliegues, mis pliegues. Todo brilla con el mismo brillo blanco. *Solo somos un porcentaje, después de todo.*

El caótico y fatigoso movimiento de las demacradas extremidades de aquellos cuerpos acompañantes trazan una sutil ruta geométrica. El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. Punto de retorno. Punto de inicio. Las figuras se difuminan y vuelven a trazarse por el suelo, por las paredes. Las sombras. La sangre. Sus manchas. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La ciénaga. *Es demasiado tiempo el que desborda y apresura. Cae bajo su propio peso. Dialogar con uno mismo es un ejercicio oscuro y pesado. ¿Qué hacer cuando la pasión se perdió hace mucho tiempo? ¿Cómo seguir adelante, si no es por inercia? Demasiado humano. Demasiado.* Como quisiera. Como quisiera. Como. En la silla. El crujido, de huesos, de maderas, de astillas. Los huesos astillados, como los dientes. Esos dientes. Mis dientes. Los que caen cada noche y dejan una enorme y monstruosa llaga como boca. Una boca gigante como el abismo que lo traga todo. Traga los cuerpos y las astillas de las maderas que llaman muebles. Es la espera que acaece cada noche. En los sueños y las pesadillas de los cuerpos apilados dentro de sí mismos. Dentro de los cabellos grises y blancos que acompañan el verano y su sofocante aire. Y su sofocante noche. El estruendo. Cae una cabeza, se desploma un cuerpo. Murmullos o risas, quizás. No entiendo bien. Es el sueño. Su paráli-

sis. Mi parálisis. El cuerpo paralizado no se mueve. Inerte. Borbotones sanguinolentos y blanquecinos bajan en la oreja de otro demacrado más. Pero no obstante las inherentes incertidumbres, el regreso tarde o temprano a una calma temporal, parece ser seguro, por el momento al menos, en la oscuridad negra o en la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. El murmullo da paso al silencio, del silencio al murmullo. El silencio. Se quiebra, con un estruendo. Sigo ahí, todo sigue ahí, nada se mueve. *Todo es eterno. En un segundo caen eternidades. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento segundos. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento nudos en la madera. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento cuerpos desparramados. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento. Solo cuento. No hay más que hacer*. Podrían chocar cabezas contra cabezas. Cuerpos contra cuerpos. Hasta desmembrarse. Pero. Quizás. Para qué seguir. No hay adelante o atrás. La misma afirmación vale para el movimiento al revés, hacia el calor y la blancura. Lo que sigue en cuanto a frecuencia es la caída o ascenso con sus pausas de extensión variable en estos grises febriles sin que el movimiento se revierta nunca. Se revientan las luciérnagas encendiendo todo hasta chocar. De los murmullos se pasan a los gruñidos. De humano a

animal, de animal a humano. La masa de cuerpos gruñe. Murmura. Babea. Jadeantes comienzan a moverse torpemente, una vez más. Como siempre lo hacen.

Las ampolletas titilan arritmicamente, el tono ámbar que inunda los muros de aquellos focos se vuelve cada vez más tenue. La lengua que se descompone, la lengua atizada una y otra vez. Las moscas. Siempre. El calor. Siempre. Es la parálisis. Cada noche es su gemela. Cada dormitar es su consecuencia. Algunos de los dientes van crujiendo, la presión. Es la presión ejercida sobre ellos. Observo. Escucho. Callo. *Quisiera decirte más, pero no encuentro el momento. No encuentro las palabras. La amarga esperanza me consuela. En algún momento podrán florecer aquellas palabras que escapan. Ya serán nuestras. Lo espero. Las cicatrices manchan la memoria, temporizan el cuerpo.* El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que regurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado. Los cuerpos marchitos. Sus corazones marchitos. Sus pulmones marchitos. Totalmente negros. Totalmente petrificados. Puedo junto a la de huesos y carnes. Puedo junto con ellos mantener las posiciones más amar-

gas y repulsivas. Un manto de piel y sus colgajos extendiéndose sobre toda superficie. Anoche soñé con una tos interminable con la cual expulsaba una pulpa negra y macilenta. Viscosa. Es el ardor de los ojos que ya no pueden ver más. Al mismo tiempo la temperatura baja hasta alcanzar su mínimo.

Trago saliva y soy atravesado por miles de recuerdos. El influjo de miles de recuerdos siendo vividos una y otra vez. ¿A eso es lo que llaman nostalgia? No conozco de tradiciones. Se revientan las luciérnagas encendiendo todo hasta chocar. Es la soledad de las moscas, es el hastío de los gusanos. Después de cada pujo parecía que la cabeza iba a salir: amenazaba, pero no salía. Entre tanto, los escombros de carne hacen notar su presencia con desdén. El ardor de las pieles abiertas. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían. Un sudor espeso le bañaba las espaldas; las uñas de los pies le sangraban de tanto querer hincarse en las baldosas del piso. Todo su cuerpo magnífico brillaba, empapado. *Es la cuenta de la espera*. Los retazos humanos. *La noche es muy tranquila y silenciosa. ¿A*caso puede importar que el estómago siempre vacío segregue esa baba verde cuya fetidez tornaba irrespirable el aire del agusanado cuarto? Un pequeño hilo de baba cae tímidamente por una boca. Una monstruosa boca que

cada cierto tanto puedo percibir. Intimidante. Las palabras pierden sentido al repetirse. Una y otra vez. Como los gestos. Como los sueños. Como la sangre. *Quizás cuánto tiempo he perdido machacando los mismos recuerdos, los mismos pensamientos. Caminando por las mismas calles una y otra vez. Como solo pensarlo, el vértigo se apodera de mi. Cierro los ojos y revivo cada instante. En cada respiro. En cada suspiro.* Todas las noches sueño con mis dientes astillados, pedazos de ellos desprendiéndose, de a poco. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. La boca brillante amorfa y destrozada. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. La lengua que se descompone, la lengua atizada una y otra vez. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que regurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. A lo lejos aquella cabeza derrotada, colgando de sus finos cabellos: blancos, grisáceos, opacos. La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escu-

char durante las noches. Al poco andar los sueños se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. Aquel cuerpo demacrado convulso revuelve las sábanas. Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. La eternidad da vuelta en mis sienes. La mosca. Los vellos de la mosca resuenan por toda la habitación. El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. El traspié de todas las mañanas requiere un esfuerzo inimaginable cada vez. El milagro del absurdo que la boca malsana se lamenta cotidianamente. Los dientes pastosos se acomodan mecánicamente entre la saliva aceitosa. El espejo deforma y acentúa aún más los monstruosos y afilados rasgos de aquella cabeza desangrante. En un cúmulo de olores y pensamientos obtusos yergue el cuello tronando los cadavéricos huesos que sujetan sus carnes. Mi carne. Mi sangre. El calor y la luz vuelven, todo se hace blanco y caliente a la vez, el suelo.

La franja hostil de la vigilia cae como un manto con los segunderos del reloj. Intenta limpiarse la boca con el puño de su mano derecha. Lo hace mecánicamente. Otro se muerde la mano para contener su pequeño grito. Los movimientos, cada vez más caóticos. Los hilos de sangre ahora bajan por una gran

cantidad de brazos. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. Pestañeo de forma irregular *¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Los relojes se detienen. Quizás para siempre. El tiempo pierde su interés, se marchita en sus aristas, en sus laberintos.* Es la ruptura entre el ver y el escuchar. También es la ruptura entre el sentir y el verbalizar. Vino hasta mí y me enseñó sus muñecas: dos muñones sangrantes. Apretaba entre las encías sus manos aserradas. Sin rabia, las escupió sobre la mesa ¿Cómo fue? ¿Cómo? ¿Cómo fue? ¿Cómo fue que paso? No hay principio ni fin. La visión nublada, las sienes caldeantes. El hormigueo en las manos. A medio dormir los movimientos involuntarios, fantasmales, atonales. Queda cada cierto intervalo de tiempos una mano que de un sobresalto se abre y cierra, el puño deformado y grisáceo lleno de tierra y cal. Sin ventanas. A puerta cerrada. Sin sol. Sin dolor. *Todo es eterno. En un segundo caen eternidades. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento segundos. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento nudos en la madera. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento cuerpos desparramados. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento. Solo cuento. No hay más que hacer*. Puede que así sea. Puede. Puede que no. Puede ser. No existe momento para averiguarlo. No. En la cabecera de la cama. La mancha verdo-

sa en la almohada. Los sacos enfrente. Los cuerpos arrimados. La cabeza que gira una y otra vez. Una y otra vez. Vamos por un recuento más. Los dedos entumecidos. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer, en otros tiempos, en otros lugares, una eternidad. El bostezo que desencaja un par de mandíbulas. Los dientes cayendo. Las moscas cayendo. Es el veneno. El veneno del tiempo que lo erosiona todo. Absolutamente todo. Sin más. Sin excusas. Sin excepciones. Nadie escapa. Yo no escapo. Los cuerpos tampoco. El óxido en las extremidades, en la espalda, en las orejas, en los nudillos, en los hombros se hace notar. Caer y subir repetidas veces. Una infinidad de ocasiones. Siempre similar y diferente a la vez. Bolsa pequeña formada por una membrana llena de líquido. La piel colgando, el pelo que cae junto a las uñas. La carne se disuelve. los gajos humanos aún espasmódicos resuenan engañados. Todo brilla con el mismo brillo blanco, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, sin sombra. Qué calor, las superficies están hirviendo pero no queman al tocarlas, los cuerpos sudan

La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Al poco andar los sueños se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. Aquel cuerpo demacrado convulso revuelve las sábanas. Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. *Hay posibilidades que nunca debieron ser. Sin embargo se dan. Solo en retrospectiva se pueden entender los callejones sin salida a los cuales entramos sin mucho que pensar, ni sentir. Simplemente pasa. Simplemente van y vienen. Ya ha acabado. Solo queda la bruma de lo que fue el fugaz eterno instante que se cruzó delante de nuestras miradas.* Medianoche o mediodía. Fuego o Agua. Las elecciones. Así siempre. Entre las sábanas y las larvas envueltas ahí. Están los huesos. Ya están corroídos. Como la vida de los cuerpos. Los que me acompañan. ¿Qué sucedió? ¿Qué pasa contigo? ¿Qué? Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. En la arena quemada. Ahí mismo. Siempre. ¿Se puede agotar el tiempo sin tiempo? En la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. El murmullo da paso al silencio, del silencio al murmullo. El silencio. Va a venir. Va a llegar. Lo sé, lo sé muy bien. Siempre lo sé. El espejo deforma y acentúa aún más los monstruosos y afilados ras-

gos de aquella cabeza desangrante. El colapso nervioso y las llagas corporales. Es el ardor de la ropa que se pega en las heridas purulentas por el sudor de la piel. En el exterior, todo está como siempre y el descubrimiento de la delgada cortina es como producto del azar, su blancura sumergida en la blancura circundante. Sumergido en el piso blanco salvo por el cabello largo de una blancura extrañamente imperfecta, finalmente. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. *He perdido demasiada, como para dejar ir. Hay tantos vacíos a mi alrededor. Hay tantos torbellinos a mi alrededor.* Los vellos de la mosca resuenan por toda la habitación. El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. El traspié de todas las mañanas requiere un esfuerzo inimaginable cada vez. El milagro del absurdo que la boca malsana se lamenta cotidianamente. Las costras se desprenden poco a poco gracias al sudor, el agrio sudor de los cuerpos, del ambiente, del moho, del tiempo. Apretaba entre las encías sus manos aserradas. Sin rabia, las escupió sobre la mesa ¿Cómo fue? ¿Cómo? ¿Cómo fue? ¿Cómo fue que paso? No hay principio ni fin. La visión nublada, las sienes caldeantes. El hormigueo en las manos. A medio dormir los movimientos involuntarios, fantasmales, atonales. Entre la oscuridad existe un pequeño lamento, el murmullo. Probablemente uno de

los tantos cuerpos pudo sentarse en una silla ahí en la esquina oscura. Vacío, silencio, calor, blancura, espera, la luz se vuelve tenue, todo se oscurece al mismo tiempo, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, digamos en unos veinte minutos, todos los grises, se va la luz, todo se esfuma.

Podría seguir inmóvil mirando las rugosidades y nudos de la madera del cielo del techo por la eternidad. O por la noche. Son lo mismo. Lo sé. Sin rabia, ni lamentaciones, respiro humedad, respiro oscuridad. El cuerpo deforme, descuadrado, asimétrico, nunca tiene descanso en ninguna posición. Nunca nadie nada. Todo movimiento es ilusorio, como cualquier simetría es un espejismo. *A veces pienso que esa es nuestra eterna condena: el nunca poder expresar con total fidelidad lo inexpresable que llevamos aquí, dentro nuestro. El ser extranjeros de nosotros mismos.* Los pensamientos impuros saltan de cabeza a cabeza, como el frío y el calor. Como la tos y el vaho de aquella habitación que contiene un universo que colapsa en cada segundo y en cada fracción de este. La cercanía entre carne y carne forma siameses artificiales. Solo las moscas y la sangre son testigos. La misma afirmación vale para el movimiento al revés, hacia el calor y la blancura. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado

en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. La lengua que se descompone, la lengua atizada una y otra vez. Todas las noches son iguales. Suelo soñar con vidas paralelas, vidas plenas. El tiempo se quema en la espera de aquellas vidas. El ciclo corona la pulpa carnosa de mis manos. Tienes un montón de amigos ¿Qué les ofreces a tus amigos para que te apoyen tanto? Hacen las mismas preguntas, ponen palabras en mi boca. Una y otra vez. El ciclo corona la pulpa carnosa de mis manos. Tu verdad, tus mentiras, no las mías. Nadie puede apagarme. Nadie puede extinguirme. Todas las noches sueño con mis dientes astillados, pedazos de ellos desprendiéndose, de a poco. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. La boca brillante amorfa y destrozada. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. También todas las noches sueño con el mar. El mar que me devora. El abismal y oscuro mar que me devora. Soy presa de la infinitud. Congelándome. Las agujas que se clavan en cada poro de mi piel. El mar, el océano, el agua que corta la piel. Todas sin excepción. El cuerpo y el dolor. Me quieren alcanzar. El cuerpo y el dolor. Me quieren alcanzar. Quebrar en un instante la calma del mar. El cuchillo por la espalda, en la total incertidumbre, totalmente perdido en el fondo. De aquello. De aquello que a veces llaman. Que ustedes llaman. Lo nombran. A susurros es

llamado. Se avergüenzan de nombrarlo. Aun así lo hacen. Lo nombran. Lo llaman. Claman por él. En el error y en las equivocaciones es donde se forman los cuerpos. Esos abalanzados unos a otros. Llenos de asperezas y de tibiezas. Me observan. *¿Qué podría pasar? Hay momentos que ni yo entiendo ¿Por qué la necesidad de tener que comunicarlo todo? Junto a la contradicción de nunca poder vaciar por completo aquello que lo inunda. que me empapa. Aquellos momentos que me gustaría despedazar ¿Por que? ¿Por qué?* Solo queda esperar hasta que las carnes se desprendan completamente de los huesos, sin ninguna ayuda de ningún matarife. Haciendo palanca las cabezas se quiebran como nueces. Solo falta activar la acción que desencadena todo. El primer paso, es el más difícil y complejo de todos. Creía que eras distinto y que quizás incluso sentía la angustia que a veces flameaba en el rostro y amenazaba entrar en erupción. También se cubrían la espalda. Nadie me toca, nadie se me acerca. Nunca nadie nada. No. Demasiado cuerdo y sensato. Quizás. Entre la línea que separa sueño y vigilia, aquí ya no existe. Jamás existirá, ni tampoco existió jamás. Nunca nadie nada. *¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?* Nunca nadie nada. *Todo es eterno. En un segundo caen eternidades. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento segundos. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento nudos en la madera. Uno. Dos. Tres.*

Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento cuerpos desparramados. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Cuento. Solo cuento. No hay más que hacer. En un cúmulo de olores y pensamientos obtusos yergue el cuello tronando los cadavéricos huesos que sujetan sus carnes. Mi carne. Mi sangre. El calor y la luz vuelven, todo se hace blanco y caliente a la vez, el suelo. Anoche soñé con una tos interminable. En realidad no estaba soñando. Nunca sueño. No puedo soñar. Dejé de soñar hace muchos años atrás. Cada noche es silencio. Siguen una tras otra en una fila sin fin. Anoche soñé con una tos interminable. En realidad no soñé, aquello pasó realmente. La tos crónica que remueve todo el cuerpo dentro y fuera de este. Ya no sé cómo soñar.

La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. A lo lejos aquella cabeza derrotada, colgando de sus finos cabellos: blancos, grisáceos, opacos. La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Al poco andar los sueños se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. *Intento, en vano vivir un presente que no me corresponde. Un eterno ciclo del cual no fui parte al crearlo ¿o si? Espero poder entender porque fuimos*

y no fuimos. Todas las posibilidades que quemé, que vi pasar. El miedo de ser un espectador que ve pasar minuto a minuto, segundo a segundo. Año a año la propia vida. Vivir en la constante diatriba entre vivir la sombra de las malas elecciones y redimir aquellos oscuros aspectos que pueden pesar. Lo siento si intento derribar aquellas ruinas que aún quedan de los castillos de arena, de la memoria. Aquella memoria tan ajena para mí. Es el miedo, no es el rencor. Es la incertidumbre, no es el odio. Quizás es la única forma de no sucumbir a los destellos de los recuerdos. Quizás es la forma de no caer en el oleaje de la nostalgia de un pasado que nunca existió. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. También todas las noches sueño con el mar. El mar que me devora. El abismal y oscuro mar que me devora. Soy presa de la infinitud. Congelándome. Las agujas que se clavan en cada poro de mi piel. El mar, el océano, el agua que corta la piel. Todas sin excepción. El cuerpo y el dolor. Los cuerpos amontonados uno encima de otros estallan dejando solo su sombra quemada en la pared. El único testigo que da vestigios de que en algún momento pudieron existir. Se revientan las luciérnagas encendiendo todo hasta chocar. Es la soledad de las moscas, es el hastío de los gusanos. Después de cada pujo parecía que la cabeza iba a salir: amenazaba, pero no salía. Entre tanto, los escombros de carne hacen notar su presencia con desdén. El

ardor de las pieles abiertas. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían. Un sudor espeso le bañaba las espaldas; las uñas de los pies le sangraban de tanto querer hincarse en las baldosas del piso. Todo su cuerpo magnífico brillaba, empapado ¿Qué se hace? ¿Qué se hace en los intervalos? Solo se escuchan los murmullos. Entre las sábanas y las larvas envueltas ahí. Están los huesos. Ya están corroídos. Como la vida de los cuerpos. Los que me acompañan. ¿Qué sucedió? ¿Qué pasa contigo? ¿Qué? Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. En la arena quemada. Ahí mismo. Siempre. ¿Se puede agotar el tiempo sin tiempo? En la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. El murmullo da paso al silencio, del silencio al murmullo. Es el sonido de los choques de los dientes que se quiebran en cada golpe. Si en cada golpe. Ahí puede ser. En cada instante. Solo repito las mismas frases que recuerdo. Intento llamar. Nadie contesta. Los cuerpos rien. Saben que es inútil. Están aquí. Conmigo. La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Me ahogo entre las flemas nocturnas. Intentan sepultar en cada silbido de una respiración rota, aquellos testigos que intentan calmar la noche. La noche roja surupante. Son las

infecciones de heridas que descargan sus alegatos. Podría seguir inmóvil mirando las rugosidades y nudos de la madera del cielo del techo por la eternidad. O por la noche. Son lo mismo. Lo sé. Sin rabia, ni lamentaciones, respiro humedad, respiro oscuridad. El cuerpo deforme, descuadrado, asimétrico, nunca tiene descanso en ninguna posición. Nunca nadie nada. Puede que así sea. Puede. Puede que no. Puede ser. No existe momento para averiguarlo. No. En la cabecera de la cama. La mancha verdosa en la almohada. Los sacos enfrente. Los cuerpos arrimados. La cabeza que gira una y otra vez. Una y otra vez. Vamos por un recuento más. Los dedos entumecidos. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer.

Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. En la arena quemada. Ahí mismo. Siempre. ¿Se puede agotar el tiempo sin tiempo? En la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. El murmullo da paso al silencio, del silencio al murmullo. Es el sonido de los choques de los dientes que se quiebran en cada golpe. Si en

cada golpe. Ahí puede ser. En cada instante. Solo repito las mismas frases que recuerdo. *En las grietas que dejan derramar la oscuridad se pueden ver los trazos que atestiguan algunos de los matices que pueden ser una pequeña posibilidad. Una potencia de un mundo virtual a punto de estallar para materializarse finalmente. Aquí latente. Sin embargo, solo potencia es.* La franja hostil de la vigilia cae como un manto con los segunderos del reloj. Intenta limpiarse la boca con el puño de su mano derecha. Lo hace mecánicamente. Otro se muerde la mano para contener su pequeño grito. Los movimientos, cada vez más caóticos. Los hilos de sangre ahora bajan por una gran cantidad de brazos. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. Pestañeo de forma irregular. Los latidos del corazón de forma irregular. El crujido, de huesos, de maderas, de astillas. Los huesos astillados, como los dientes. Esos dientes. Mis dientes. Los que caen cada noche y dejan una enorme y monstruosa llaga como boca. Una memoria ulcerada que se aferra a la cordura con todo su ímpetu y fuerzas. Es el espectáculo desastroso y grotesco que puede ofrecer una noche como esta. Tan común como la que la antecedió y la que la sucederá. Nadie puede juzgar lo sucedido. Ni siquiera yo y aquellos cuerpos que se reclaman como testigos. Las agujas que se clavan en cada poro de mi piel. El mar, el océano, el agua que corta la piel. Todas sin excepción. El cuerpo y

el dolor. Los cuerpos amontonados uno encima de otros estallan dejando solo su sombra quemada en la pared. El único testigo que da vestigios de que en algún momento pudieron existir. Puedo enterrar mis uñas en los cuerpos que me acompañan y me observan. Se abren sus carnes de par en par. En la aliteración de la acción que cada vez se repite más y cada vez más ridículamente, la monotonía deshumanizan los gestos y miradas. Aquellos cuerpos son ruinas de lo que llamaron alguna vez humanos. Tal como lo fui también. Solo queda esperar hasta que las carnes se desprendan completamente de los huesos, sin ninguna ayuda de ningún matarife. Haciendo palanca las cabezas se quiebran como nueces. Solo falta activar la acción que desencadena todo. El primer paso, es el más difícil y complejo de todos ¿Puedes recordar la primera vez que soñaste? ¿Puedes?

Lo único constante es el bostezo de alguna gigantesca y disimétrica boca que intenta comunicar su dolor aullando. *En estos momentos soy como un eterno ser, que mira imperturbable como aquellos a su alrededor nacen, crecen como el más majestuoso de los lirios, y posteriormente e irremediablemente se marchitan. Una y otra vez, con distintas caras, con distintos acentos. Un ciclo que se repite una y otra vez, en el cual tengo*

estrictamente prohibido interferir. Un ciclo en el cual solo puedo tomar el tiempo y contar cada segundo, como un grano de arena en la inmensidad de una playa sin principios, ni fines. Cada cabeza tiene sus propios escalofríos. Así lo observo al ver a la masa que me acompaña. Cada uno con su deformidad particular. Con su alarido personal. Es el sonido de los choques de los dientes que se quiebran en cada golpe. Si en cada golpe. Ahí puede ser. En cada instante. Solo repito las mismas frases que recuerdo. Los dedos entumecidos. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer, en otros tiempos, en otros lugares, una eternidad. El bostezo que desencaja un par de mandíbulas. Los dientes cayendo. Las moscas cayendo. Es el veneno. El veneno del tiempo que lo erosiona todo. Absolutamente todo. Sin más. Sin excusas. Sin excepciones. Nadie escapa. Yo no escapo. Los cuerpos tampoco. Es la soledad de las moscas, es el hastío de los gusanos. Después de cada pujo parecía que la cabeza iba a salir: amenazaba, pero no salía. Entre tanto, los escombros de carne hacen notar su presencia con desdén. El ardor de las pieles abiertas. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían. Solo mantenía fija la mirada. Todos los movimientos están exactamente calculados; en

efecto, deben estar minuciosamente sincronizados con las respiraciones de los pulmones colapsados por edemas sucesivos. Yo no sabía nada, la culpa no es mía. Hacer. Rehacer. Como decía. Nunca sueño. No puedo soñar. Dejé de soñar hace muchos años atrás. Cada noche es silencio. Siguen una tras otra en una fila sin fin. Anoche soñé con una tos interminable. En realidad no soñé, aquello pasó realmente. La tos crónica que remueve todo el cuerpo dentro y fuera de este. Ya no sé cómo soñar. Los maquínicos y repetitivos movimientos pierden cierto sentido. Solo se renuncia. Se renuncia a todo. A todo ritual. A todo acto. A todo gesto. A toda palabra. A todo silencio. La renuncia total y absoluta. Una memoria ulcerada que se aferra a la cordura con todo su ímpetu y fuerzas. Es el espectáculo desastroso y grotesco que puede ofrecer una noche como esta. Tan común como la que la antecedió y la que la sucederá. Nadie puede juzgar lo sucedido. Ni siquiera yo y aquellos cuerpos que se reclaman como testigos. Las agujas que se clavan en cada poro de mi piel. El mar, el océano, el agua que corta la piel. Todas sin excepción. El cuerpo y el dolor. Sólo lo hace girar en la boca, y lo escupe. Una y otra vez. Así cada hora. Seguía el movimiento de las agujas oscilantes. Ningún ruido discordante afectaba el funcionamiento de las cabezas deformes. Muchos ya no miraban; permanecían con los ojos cerrados, en la arena; todos sabían. Quizás. O eso yo pensa-

ba. Yo no lo entendí. Casi nunca lo hago. Se basta a sí mismo. Sólo eso, nada más. Todo eso. Con todas ocurría lo mismo, siempre parecía. Siempre sin variaciones. En ese momento, casi contra su voluntad, vio el rostro del cuerpo cadavérico. Era como había sido en vida; no se descubre en él ninguna señal de la prometida redención. *En algún momento quizás pensé que podría extender tiempos y periodos. En algún momento (quizás de forma ilusa) lo pensé con la más completa sinceridad. Por más que constantemente se choque con la amargura de la realidad, dentro del fondo de uno mismo aun queda un poco de sinceridad e inocencia.* Expulsando todo, como si fuera un vómito. Expulsarlo todo hasta quedar totalmente vaciado. Repetirlo, tener que repetirlo cada día, a cada hora. Cada segundo. Convertirlo en un hábito. En la rutina. En la rutina de un mundo intempestivo en pausa.

En un cascarón detrás de una máscara vacía. Las articulaciones de manos y pies se van tornando rígidas, como concreto. Como acero. Las costras sobre la piel caen como escamas. Sin ventanas solo queda imaginar como la luna, la luna llena. La luna llena puede iluminar el desastre de escena que hemos creado entre todos. Todos parte de la masa amorfa de delirios y carne a punto de morir. Un

sol apagado y muerto que lentamente acalla su voz. Somos testigos de magnífica escena. Así siempre. Entre las sábanas y las larvas envueltas ahí. Están los huesos. Ya están corroídos. Como la vida de los cuerpos. Los que me acompañan. ¿Qué sucedió? La vergüenza es compartida. Es grupal básicamente. Lo puedo sentir y oler. Como el olor de los cuerpos mortales reposan inmersos en sus pensamientos estáticos. Siguen una tras otra en una fila sin fin. Anoche soñé con una tos interminable. En realidad no soñé, aquello pasó realmente. La tos crónica que remueve todo el cuerpo dentro y fuera de este. Ya no sé cómo soñar. A veces quisiera volver a soñar ¿Para qué? Dentro de todas estas paredes se requieren argumentos y justificaciones ¿Para qué? Es lo que pido. Es lo que piden ¿Cómo pedir más allá de lo que se puede pedir en su simpleza? Es prestar un cuerpo, uno tras otro, uno tras otro. Solo puedo contar. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. La rigidez de la cabeza, de la mente y del cuerpo. El cuerpo amarrado por cuerdas lacerantes. Es el momento en que

se espera la orden para cambiar de posición. Las manos y los brazos entumidos. Las piernas también. Huesos de cristal. La memoria frágil. A la deriva y sin propósito. Tal como lo imaginé alguna vez. Puedo imaginar los cuentos y los sueños más cómodos para aliviar mis acalambradas manos. En frente la cabeza babeante gotea y ríe. Sabe que sé que pienso en ella. En su deformidad frontal. En su deformidades laterales. Quizás son sus orejas donde cuelgan cabellos oscuros y grises. Más allá, la sombra. La sombra. No conozco su forma, pero puedo sentir su presencia. Me observa. Intento observarla. O hago como si observara a la Sombra. La sombra. *¿Cómo alguien puede tener el poder de derribar la calma? De poder hacer surgir los aspectos más bellos y nobles de uno, como también poder sacar a la luz, las sombras y las oscuridades más terribles que uno guarda. ¿Cómo alguien puede sacar lo mejor y lo peor de uno mismo?* El descanso también agota. Lo sé por experiencia. La demás carne que me acompaña también lo saben. Todos sabemos todo e ignoramos lo mismo. En el frío del congelamiento puedo sudar junto a ellos. El ardor de las pieles abiertas. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían. Un sudor espeso le bañaba las espaldas. Puedo escuchar aquellas voces. Me aconsejan. Me insultan. Me atrapan. Intentan guiarme. Me enferman. Pero sin morir. No muero. Yo no muero. Nadie muere. Reordenar una y otra vez en mi mente los muebles y los cuerpos

dispersos a mi alrededor. Ellos también deben hacer lo mismo. Lo único que se puede realizar para matar el tiempo. Dormitar ¿Dormitar? Irrealizable. Despertar agotador. Dormir cansado. Despertar cansado. Dormir agotado. El juego de ensamblaje de una vida monótona parece no alterar el orden del tedio. Lo conozco bien y ellos también. Ellos lo saben. Yo también ¿Qué sucedió? La vergüenza es compartida. Es grupal básicamente. Lo puedo sentir y oler. Como el olor de los cuerpos mortales reposan inmersos en sus pensamientos estáticos. Siguen una tras otra en una fila sin fin. Anoche soñé con una tos interminable. En realidad no soñé, aquello pasó realmente. La tos crónica que remueve todo el cuerpo dentro y fuera de este. Ya no sé cómo soñar. A veces quisiera volver a soñar ¿Para qué? Dentro de todas estas paredes se requieren argumentos y justificaciones ¿Para qué? Es lo que pido. Es lo que piden. Es la tibieza de la indiferencia. Es la sangre que brota de mi nariz. Los ojos ya no obedecen. Es la fatiga que envuelve a todo. A toda la habitación, a todo mi cuerpo y a todos los demás.

En un instante cada cual cabecea de cansancio de la fatiga de la inmovilización. El cuerpo corrompido por la erosión del tiempo va gastando sus energías en luchar contra la corriente ¿*A*caso puede impor-

tar que el estómago siempre vacío segregue esa baba verde cuya fetidez tornaba irrespirable el aire del agusanado cuarto? Un pequeño hilo de baba cae tímidamente por una boca. Una monstruosa boca que cada cierto tanto puedo percibir. Intimidante. Las palabras pierden sentido al repetirse. Una y otra vez. Como los gestos. Como los sueños. Como la sangre. Me gustaría caer en cuenta y tener una epifanía. Pero sin acontecer ¿Que epifanía puede existir? El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. El traspié de todas las mañanas requiere un esfuerzo inimaginable cada vez. Si existe un milagro, es el milagro de poder pensar en la situación. En esta. Como lo intento hacer. A veces pienso que ni siquiera lo pienso. Es solo un sueño. Un espejismo o un simulacro de realidad. También todas las noches sueño con el mar. El mar que me devora. El abismal y oscuro mar que me devora. Soy presa de la infinitud. Congelándome. Las agujas que se clavan en cada poro de mi piel. El mar, el océano, el agua que corta la piel. Todas sin excepción. El cuerpo y el dolor. Los cuerpos amontonados uno encima de otros estallan dejando solo su sombra quemada en la pared. El único testigo que da vestigios de que en algún momento pudieron existir. Se revientan las luciérnagas encendiendo todo hasta chocar. Es la soledad de las moscas, es el hastío de los gusanos. Después de cada pujo parecía que la cabeza iba

a salir: amenazaba, pero no salía. Entre tanto, los escombros de carne hacen notar su presencia con desdén. El ardor de las pieles abiertas. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían. Un sudor espeso le bañaba las espaldas; las uñas de los pies le sangraban de tanto querer hincarse en las baldosas del piso. Todo su cuerpo magnífico brillaba, empapado ¿Qué se hace? También sueño con persecusiones. Pero mi cuerpo rígido como la piedra. Rígido como el mármol apenas se mueve. Es el espectáculo vergonzoso donde soy juez y verdugo. Los cuerpos espectadores. La carne pierde sustancia y se vuelve etérea. Como cualquier líquido sanguinolento y viscoso que anuncia la claudicación final del cuerpo. Agobiado por la pesadumbre y el cansancio. Por el tedio. Por el fastidio. Por el hastío ¿A eso llaman vivir? *Feliz cumpleaños, entre medio de todas estas ruinas las cuales intento rescatar. Aquí estamos. No entiendo bien cómo y por qué, pero las situaciones se dan, se desarrollan y se concretan. Nacen y mueren mundos entre personas. Es un espectáculo brutal ver cómo se van desmoronando peldaño a peldaño, ladrillo a ladrillo, aquellos mundos. Caen sobre su propio peso. Sin embargo, todo se desencadena sin poder frenar aquel ocaso. Ya comienza a hacer frío. Y aquí estoy.* El caótico y fatigoso movimiento de las demacradas extremidades de aquellos cuerpos acompañantes trazan una sutil ruta geométrica. El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de

la cabeza aullante. Punto de retorno. Punto de inicio. Las figuras se difuminan y vuelven a trazarse por el suelo, por las paredes. Las sombras. La sangre. Sus manchas. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La ciénaga. Cada cicatriz puede contar una historia. Una memoria. O eso me han dicho. Estoy seguro. Eso entiendo. O entendía. Entre el veneno intento captar mi atención. Toda mi atención y energía en algo. Parece una tarea titánica. Para un cuerpo lacerado que yace inmóvil en una cama. Algunos dicen que es un lecho de muerte. Quien sabe. Yo no lo creo. Los otros engendros que están a mi lado tampoco lo creen así.

Toco todas mis costras. Es la única forma de sentir algo. En la cabecera comienzan a salir las primeras cucarachas. Escucho sus histéricos y nerviosos pasos. Seis patas nerviosas que sopesan y contratan las piernas y brazos desgarrados y desparramados por el piso. Solo se trata de seguirle el juego a los demás y ver quien se equivoca primero. Es lo que he hecho toda la noche y todas las noches. Lo único constante es el bostezo de alguna gigantesca y disimétrica boca que intenta comunicar su dolor aullando. Así también a través de un doloroso y silencioso grito es la única forma de comunicar

las reglas del juego. Podría seguir inmóvil mirando las rugosidades y nudos de la madera del cielo del techo por la eternidad. O por la noche. Son lo mismo. Lo sé. Sin rabia, ni lamentaciones, respiro humedad, respiro oscuridad. El cuerpo deforme, descuadrado, asimétrico, nunca tiene descanso en ninguna posición. Nunca nadie nada. Puede que así sea. Puede. Puede que no. Puede ser. No existe momento para averiguarlo. No. En la cabecera de la cama. La mancha verdosa en la almohada. Los sacos enfrente. Los cuerpos arrimados. La cabeza que gira una y otra vez. Una y otra vez. Vamos por un recuento más. Los dedos entumecidos. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer. Quiero seguir en la misma posición sin variar nunca. Invariante e imperturbable. Repitiendo de la forma más banal y grosera posible todos los instantes de vida que he realizado a lo largo del tiempo. La única forma de asegurar cierta certidumbre de brillantez. Al lado izquierdo de mi, existe una cabeza especial. Tiene ciertas prominencias en su frente. Unos muñones. Quien sabe. Vomita un haz de luz que me recuerda atardeceres que nunca sucedieron. Es ahí donde se asilan los momentos de la vida. También. Si también. Quiero aislar cada partícula que emana mi mente. Inclu-

yendo la sangre y las lagañas. No hay adelante o atrás. La misma afirmación vale para el movimiento al revés, hacia el calor y la blancura. Lo que sigue en cuanto a frecuencia es la caída o ascenso con sus pausas de extensión variable en estos grises febriles sin que el movimiento se revierta nunca. Se revientan las luciérnagas encendiendo todo hasta chocar. De los murmullos se pasan a los gruñidos. De humano a animal, de animal a humano. La masa de cuerpos gruñe. Murmura. Babea. Jadeantes comienzan a moverse torpemente, una vez más. Como siempre lo hacen. *Solo se trata de ignorar la corona de espinas del egoísmo, de la autocomplacencia, actuar y jugar como si nada pasara. Llevar la máscara. Sin propósito,sin norte. Avanzando en un trastabillar constante. Permanente. Me ahogo en una tormenta que he fabricado en un vaso con agua.* Cada cabeza tiene sus propios escalofríos. Así lo observo al ver a la masa que me acompaña. Cada uno con su deformidad particular. Con su alarido personal. Es el sonido de los choques de los dientes que se quiebran en cada golpe. Si en cada golpe. Ahí puede ser. En cada instante. Solo repito las mismas frases que recuerdo. Los dedos entumecidos. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer, en otros tiempos, en otros lugares, una eternidad. El

bostezo que desencaja un par de mandíbulas. Los dientes cayendo. . Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. A lo lejos aquella cabeza derrotada, colgando de sus finos cabellos: blancos, grisáceos, opacos. La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Al poco andar los sueños se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. Aquel cuerpo demacrado convulso revuelve las sábanas. Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. La eternidad da vuelta en mis sienes. La mosca. Los vellos de la mosca resuenan por toda la habitación. El sonido insoportable lo cubre todo, rebotan y cercenan aquellas orejas de la cabeza aullante. Solo tengo una hora. Solo una hora. Siguen los cuerpos aquí temblando. Me observan y me avergüenza aquello. Ser invisible. Para siempre ¿Cómo se le puede llamar a esto? Supongo. Supongo que tiene un nombre. Necesidad de urgencia ¿Por qué? ¿Para qué? *¿Existen alternativas? El segundero no avanza.* En el exterior, todo está como siempre y el descubrimiento de la delgada cortina es como producto del azar, su blancura sumergida en la blancura circundante. Sumergido en el piso blanco salvo por el cabello largo de

una blancura extrañamente imperfecta, finalmente. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que regurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Azul pálido penetrante; el efecto es sorprendente, al principio. *Llevar la máscara. Sin propósito, sin norte. Avanzando en un trastabillar constante. Permanente. Es demasiado tiempo el que desborda y apresura. Cae bajo su propio peso. Dialogar con uno mismo es un ejercicio oscuro y pesado. ¿Qué hacer cuando la pasión se perdió hace mucho tiempo? ¿Cómo seguir adelante, si no es por inercia? Demasiado humano. Demasiado.* Salte de nuevo, hazte para atrás, la delgada cortina se esfuma, se levanta, se esfuma, todo blanco en la blancura, cae. *¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Una voz, la Voz. Es ella. Me dice que espere. Hay que esperar junto a los demás. Todos esperamos. La espera.*

La franja hostil de la vigilia cae como un manto con los segunderos del reloj. Intenta limpiarse la boca con el puño de su mano derecha. Lo hace mecánicamente. Otro se muerde la mano para contener su pequeño grito. Los movimientos, cada vez más caóticos. Los hilos de sangre ahora bajan por una gran cantidad de brazos. La sangre coagulada. La

boca monstruosa abierta desgarrada. Pestañeo de forma irregular. Los latidos del corazón de forma irregular. El crujido, de huesos, de maderas, de astillas. Los huesos astillados, como los dientes. Esos dientes. Mis dientes. Los que caen cada noche y dejan una enorme y monstruosa llaga como boca. Una memoria ulcerada que se aferra a la cordura con todo su ímpetu y fuerzas. Es el espectáculo desastroso y grotesco que puede ofrecer una noche como esta. Tan común como la que la antecedió y la que la sucederá. Nadie puede juzgar lo sucedido. Ni siquiera yo y aquellos cuerpos que se reclaman como testigos. Las agujas que se clavan en cada poro de mi piel. Nadie escapa. Yo no escapo. Los cuerpos tampoco. Es la soledad de las moscas, es el hastío de los gusanos. Después de cada pujo parecía que la cabeza iba a salir: amenazaba, pero no salía. Entre tanto, los escombros de carne hacen notar su presencia con desdén. El ardor de las pieles abiertas. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían. Solo mantenía fija la mirada. Todos los movimientos están exactamente calculados; en efecto, deben estar minuciosamente sincronizados con las respiraciones de los pulmones colapsados por edemas sucesivos. Yo no sabía nada, la culpa no es mía. Hacer. Rehacer. Como decía. Nunca sueño. No conozco de tradiciones. Se revientan las luciérnagas encendiendo todo hasta chocar. Es la soledad de las moscas, es el hastío de los gusanos. Después

de cada pujo parecía que la cabeza iba a salir: amenazaba, pero no salía. Entre tanto, los escombros de carne hacen notar su presencia con desdén. El ardor de las pieles abiertas. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían. Un sudor espeso le bañaba las espaldas; las uñas de los pies le sangraban de tanto querer hincarse en las baldosas del piso. Todo su cuerpo magnífico brillaba, empapado. El corazón se revienta en cada latido. Los espasmos de los cuerpos van en concordancia con el desastre multisistémico y multiorgánico que es cada cuerpo. Los dedos entumecidos. La mirada sofocante, más o menos larga, ya que puede intervenir, la experiencia muestra, entre el final de la caída y el comienzo del ascenso, pausas de amplitud variable, desde la fracción de segundo hasta lo que podría parecer, en otros tiempos, en otros lugares, una eternidad. El bostezo que desencaja un par de mandíbulas. Los dientes cayendo. . Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Nadie descansa. Yo tampoco. Los cuerpos apilados uno encima de otro comienzan a moverse tímidamente cuando cada tanto una mosca se posa sobre la masa. Al descubrirse esto después de, digamos, una ausencia en vacíos perfectos, ya nada es exactamente lo mismo, desde este punto de vista, pero no hay otro. En la cabecera de la cama. De una cama. La mancha reseca de sangre. Sangre totalmente marrón. Pero no obstante las inherentes

incertidumbres, el regreso tarde o temprano a una calma temporal, parece ser seguro, por el momento al menos, en la oscuridad negra o en la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. La nariz congestionada capta sutilmente el agrio ambiente que acumulan los cuerpos sobre sí mismos. Entra y verás que hay momentos de calma más breves y nunca la misma tormenta. *Ver en la oscuridad, en el abismo. En cada situación límite ¿Hasta que punto puedo llegar? ¿Cuál es el último límite a transgredir? En momentos, en los que enfrento dichas preguntas, existe un punto en el cual contestarlas significa ver en mí, el miedo de perder un fragmento de mi. Una parte de mi que muere. Una parte de mi que se difumina, lo que significa que ya nada será igual. ¿Perder que? ¿El miedo? ¿La inocencia? ¿La alegría? ¿La pasión? ¿La creatividad? ¿La fuerza? En fin ¿Qué sería de la vida sin ellas? Una vida marchitada que se agotó antes de tiempo. Ese es el gran temor de ir más allá. El terminar roto y fragmentado.* Me inspeccionan, se inspeccionan. Sus pliegues, mis pliegues. Todo brilla con el mismo brillo blanco, el suelo, el muro, la cripta, los cuerpos, sin sombra. Qué calor, las superficies están hirviendo pero no queman al tocarlas, los cuerpos sudan.

Puedo arder en mi interior. Y ver arder el interior. Puedo. Solo a veces puedo. Entre tanto, los escombros de carne hacen notar su presencia con desdén. Pestañear es una labor totalmente fatigante. A veces quisiera sacarme los ojos. Y descansar. Sacarme los pulmones y descansar. Siempre descansar. La eternidad. Como los gestos. Como los sueños. Como la sangre. *Quizás cuánto tiempo he perdido machacando los mismos recuerdos, los mismos pensamientos. Caminando por las mismas calles una y otra vez. Como solo pensarlo, el vértigo se apodera de mi. Cierro los ojos y revivo cada instante. En cada respiro. En cada suspiro.* Todas las noches sueño con mis dientes astillados, pedazos de ellos desprendiéndose, de a poco. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Al poco andar los sueños se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. *Intento, en vano vivir un presente que no me corresponde. Un eterno ciclo del cual no fui parte al crearlo ¿o si? Espero poder entender porque fuimos y no fuimos. Todas las posibilidades que quemé, que vi pasar. El miedo de ser un espectador que ve pasar minuto a minuto, segundo a segundo. Año a año la propia vida. Vivir en la constante diatriba entre vivir la sombra de las malas elecciones y redimir aquellos oscuros aspectos que pueden pesar. Lo siento si intento derribar aquellas ruinas que aún quedan de los castillos de arena, de la memoria. Aquella memoria tan ajena para mí. Es el miedo, no es el rencor. Es la incertidumbre, no es el odio.*

Quizás es la única forma de no sucumbir a los destellos de los recuerdos. Quizás es la forma de no caer en el oleaje de la nostalgia de un pasado que nunca existió. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Debo partir, sin partir. Mirar sin observar. Ser y desprenderme del ser. Solo así dejar ir aquellos sueños y cuerpos que me acompañan. Todas las noches sueño con mis dientes astillados, pedazos de ellos desprendiéndose, de a poco. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. La boca brillante amorfa y destrozada. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. La lengua que se descompone, la lengua atizada una y otra vez. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que regurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. ¿Qué se hace? ¿Qué se hace en los intervalos? Solo se escuchan los murmullos. Entre las sábanas y las larvas envueltas ahí. Están los huesos. Ya están corroídos. Como la vida de los cuerpos. Los que me acompañan. ¿Qué sucedió? ¿Qué pasa contigo? ¿Qué? Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. En la arena quemada.

Ahí mismo. Siempre. ¿Se puede agotar el tiempo sin tiempo? En la gran blancura, con una temperatura atenta, y el mundo es la evidencia en contra del tumulto constante. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué? Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué? Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama.

¿Cómo puede ser tan frágil la paz? ¿Cómo puede ser tan efímera la tranquilidad? Recuerdo. Siempre recuerdo. Esta vez recuerdo esa sensación, esa situación. Aquella en la cual se pierde la fragilidad de la belleza del cotidiano cuando se es consciente de la misma. Barrer y ver las partículas de polvo a través del haz de luz de una mañana. Sentir la nostalgia de aquella pérdida tan intrascendente y tan trascendental a la vez. Un suspiro y la vida sigue en aquella muerte.

Verano del 2023

Todas las noches sueño con mis dientes astillados, pedazos de ellos desprendiéndose, de a poco. La sangre coagulada. La boca monstruosa abierta desgarrada. La boca brillante amorfa y destrozada. Los dientes. Mis dientes. Los dientes, tambaleándose. Aquel sabor salado en la boca. La sangre en la boca, en los dientes. La lengua que se descompone, la lengua atizada una y otra vez. Todas las noches son iguales. Cada una más idéntica que la anterior. Retorno al punto inicial nocturno. El calor que emana del cuerpo, el cuerpo que regurgita en espasmos rítmicos. Cada poro abierto de la mustia piel. Ese sudor agrio. Ese sudor del insomnio veraniego. La eternidad acaecida en un solo cuerpo. Cuerpo marchitado, herrumbrado. La sombra anterior que se difumina con el paso del tiempo. A lo lejos aquella cabeza derrotada, colgando de sus finos cabellos: blancos, grisáceos, opacos. La cabeza que no puede respirar, se ahoga, el silbido acompasado de sus pulmones. Las costillas se remarcan en la piel macilenta y amarilla. Es lo único que se puede escuchar durante las noches. Al poco andar los sueños se vuelven espesos, el demacrado cuerpo. Aquel cuerpo demacrado convulso revuelve las sábanas. Soy yo. Soy aquel, soy aquellos huesos arrumbados sobre la cama.